

El santuario de «Sa Cova de Betlem»

Notas para la interpretación de sus representaciones grabadas

por RUTTA ROSENSTINGL
y G. ROSSELLO-BORDOY

En torno al año 1958 se descubrió en la isla de Mallorca (Balears), una interesante manifestación de arte rupestre que, pese a la rudeza de su trazado, y a la calidad de la roca donde se había grabado, presentaba síntomas de gran autenticidad. Por su temática y realización ofrecía muchas más garantías que otras manifestaciones grabadas de Mallorca, estudiadas y discutidas con anterioridad (Miguel Alcover: "El hombre primitivo en Mallorca"). El descubrimiento tuvo lugar en Sa Cova de Betlem, cavidad natural abierta en una zona de calizas francas, situada en el margen derecho del torrente de Deyá.

El hallazgo fue debido a la exploración de Manuel Rosenstingl y Wladimir de Lamsdorff, estudiantes en aquel entonces, que disfrutaban sus vacaciones en Deyá. La noticia del descubrimiento y su intento inicial de interpretación fue dado a conocer poco después (Ripoll Perelló y Rosselló-Bordoy: "Los grabados rupestres de Sa Cova de Betlem").

Del estudio de las figuras grabadas se dedujo que lo representado en los muros calcáreos de la cueva consistía en dos figuras antropomorfas, un zoomorfo muy estilizado y un grabado triangular, existiendo otros elementos de interpretación dudosa, prácticamente ilegibles.

En principio la figura zoomórfica, definida como cabra, llamó la atención y se apuntó la posibilidad de que representaba un *myotragus balearicus*. A este respecto se consignó lo siguiente: "Forman el grabado unas incisiones rectas de unos 2 cm. de ancho. Viene a ser la forma esquemática de un cuerpo con cuatro patas transversales y paralelas. En un extremo se yergue una línea continuación de la parte delantera, que sostiene un par de cuernos formando un ángulo agudo. El cuerpo mide 35 cm. Esta figura, vista desde el pasillo practicable, está invertida, presentando los cuernos hacia el espectador como si el animal estuviera echado patas arriba. Realmente, la posición de sus cuernos tiene cierto parecido con la de los ejemplares del *myotragus balearicus* Bate que no se sabe exactamente en qué fecha se extinguió (Ripoll Perelló y Rosselló-Bor-

doy: "Los grabados rupestres de Sa Cova de Betlem"). Esta interpretación había de chocar con los conocimientos que se tenían en aquella época, ya que en aquel entonces se consideraba que el *myotragus* había desaparecido de la Isla antes de la llegada del hombre.

Esta dificultad, insalvable en aquellos instantes, fue causa de que el tema de Sa Cova de Betlem fuera marginado en parte. Su importancia no fue atendida y el problema se diluyó entre otras preocupaciones de mayor envergadura.

La profunda revisión que la prehistoria mallorquina ha sufrido desde 1958 obliga ahora a replantear de nuevo el problema y enfocarlo bajo nuevos puntos de vista, tanto arqueológicos como antropológicos. Por ello se ha considerado oportuno reanudar la investigación sobre el tema por cuanto la premisa fundamental: inexistencia de contactos entre hombre y *myotragus*, ha sufrido un cambio radical. Es preciso, pues, revisar el problema acogiéndose a nuevas perspectivas.

La investigación tiene que centrarse en las referencias proporcionadas por las estaciones de Muleta y Son Matge, que condicionan toda la problemática que gira en torno al binomio: *Hombre - Myotragus*.

La primera evidencia de unos posibles contactos entre el *myotragus baleáricus* y el hombre se consiguió gracias al hallazgo, hecho por William H. Waldren, en la cueva de Muleta (Sóller). La elevada potencia del depósito de restos óseos de este antilopino hizo pensar, en principio, en las circunstancias especiales que dieron origen al mencionado depósito. La primera idea, basada en la posibilidad de una o varias avalanchas de lodo que coparon de improviso a diversos rebaños de *myotragus* y los introdujeron violentamente en la chimenea de Muleta (Waldren y Rosselló-Bordoy: "Excavaciones en la cueva de Muleta"), tuvo que ser abandonada ante los resultados de los análisis de C.¹⁴ y racemización de aminoácidos, hechos sobre muestras óseas localizadas en diversas cotas del depósito. Vemos que la persistencia del *myotragus* se rastrea hasta una fecha que ronda los -100.000 años. Es preciso pensar que los mil y pico de animales inventariados se introdujeron en la trampa de un modo aislado y muy lentamente. Las características topográficas de la cueva ayudan a considerar que la trampa representada por la chimenea de enlace entre cueva intermedia e inferior, actuaría de un modo esporádico al extraviarse un animal, introduciéndose en la cueva y cayendo en el sector inferior donde no tenía posibilidad de salida.

La existencia de restos humanos en la cota de 1,50 m., insertos en la masa ósea de *myotragus*, nos indicaba una cierta conexión entre ambas especies. El análisis de C.¹⁴ hecho a partir de huesos humanos, nos proporcionó la fecha de -3984 con una oscilación de 109 años. Tanto la fecha como el nexo: hombre-*myotragus*, en 1967 resultaba totalmente anómala. Su evidencia resultaba perturbadora para el contexto arqueológico comunmente aceptado hasta aquel entonces (Waldren, Kopper, Rosselló-Bordoy: "Análisis de radiocarbono en Mallorca").

A partir de este descubrimiento teníamos una nueva perspectiva. Los problemas que planteaba el hombre de Muleta eran insolubles. Conocíamos la fecha de su muerte, y el ajuar toscó que le acompañaba (agujas de hueso y esquirlas de sílex). Las restantes circunstancias de su entorno quedaban dentro del ámbito de las suposiciones. La primera

impresión fue la de un enterramiento practicado dentro de la acumulación ósea de myotragus. Esto explicaría la presencia de un rudimentario ajuar en sus inmediaciones. Sin embargo, no se puede descartar la posibilidad de que el hombre de Muleta, como los myotragus, fuera a parar casualmente a la cueva intermedia y que cayera por la chimenea, y, lesionado, no pudiera retornar a la superficie.

En este segundo supuesto la presencia de agujas óseas con claros indicios de retoques y esquirlas cortantes, es perfectamente explicable a partir de las circunstancias de la muerte: instrumentos de uso común que portaba el hombre de Muleta, en una bolsa de material perecedero que no ha dejado rastro.

La fecha -3984 se ha convertido en uno de los elementos básicos de la prehistoria mallorquina, aunque no ha sido posible obtener una confirmación absoluta a partir de hallazgos de igual naturaleza, pues si en Son Matge tenemos evidencia de la actuación humana en épocas sincrónicas a la de Muleta, no ha sido posible materializarla a base de una evidencia idéntica: huesos humanos o pruebas directas de la actividad humana como serían: cerámicas, talla de huesos con un valor funcional, etc... Tan solo tenemos pruebas indirectas de esta actividad: carbón, con una disposición en el estrato que no se debe a un factor natural e indicios de la acción humana sobre restos óseos de myotragus.

Los niveles arcaicos de Son Matge nos aclaran aspectos muy interesantes del problema y la documentación aportada ayuda a confirmar las hipótesis establecidas desde la experiencia de Muleta.

En síntesis, los elementos estratigráficos que interesan a nuestro estudio se observan a partir del nivel 34 de la cota 3, que proporcionó carbón de madera fechable en -3800 con una oscilación de 115 años.

En campañas posteriores y en cotas más profundas fue posible localizar un nivel de huesos de myotragus semiquemados y con huellas de haber sido descarnados (Nivel IX), conjuntamente con un nivel de coprolitos de myotragus (Nivel XI) y huesos de este animal con claros indicios de haber sido cortados de un modo racional, con el fin de evitar, con la ablación de las cornamentas, luchas entre ellos (Nivel XII).

La acumulación de coprolitos hizo pensar, de inmediato, en la posibilidad de una pseudoestabulación del myotragus hecha por mano del hombre. Pensar en un intento de domesticación puede parecer excesivo, pues tal vez el intento se redujera al simple acorralamiento de un rebaño para ser sacrificado en seguida y poder aprovechar sus carnes y sus pieles. Por otra parte el detalle observado en el corte de las cornamentas podría autenticar la hipótesis de un rudimentario sistema de estabulación, pues la rotura natural, a causa de luchas entre congéneres nunca produciría una rotura de cornamentas con el mismo sistema en V observado en Son Matge (Waldren: "Evidence of the extinction of the Myotragus balearicus").

Afortunadamente hoy día contamos con las correspondientes confirmaciones cronológicas (Fernández Miranda y Waldren: "El abrigo de Son Matge y la periodización de la prehistoria mallorquina"). De este modo se observa la siguiente escala cronológica:

Nivel IX.— Huesos de myotragus con marcas de haber sido descarnados.— 2030

Nivel XI.— Coprolitos: posible índice de estabulación, aunque rudimentaria, -3870 ± 360.

Nivel XII.— Indicios de ablación, intencionada de cuernos de myotragus, -4730 ± 120.

El contexto fechado sigue introduciendo elementos perturbadores en la cronología comúnmente aceptada para la prehistoria mallorquina. Estos indicios aportan evidencias indirectas, desde luego, y la falta de pruebas directas de una intervención humana: huesos humanos, talla de sílex o cerámica, muy improbable en momentos tan antiguos, impide toda constatación. Ello no impide pensar que el nexo: *Hombre - Myotragus*, fue posible y que ambos coexistieron. Waldren va más lejos, pues en su reciente trabajo (Waldren: "Evidence...") no duda en calificar al hombre como exterminador de la especie de antilopinos.

Sentadas estas premisas no es aventurado pensar que los grabados de Sa Cova de Betlem puedan estar relacionados con este nexo que hemos establecido.

Se sabe que en esta cueva de Betlem aparecieron restos de cerámica. Los halladores fueron los Seminaristas del "Seminario Conciliar", de Palma de Mallorca, alrededor de los años treinta, momento en que desarrollaron sus actividades de investigación (Llitas y Rosselló-Bordoy: "Los manuscritos de Prehistoria"). Su paradero actual se desconoce y no ha sido posible establecer sus características formales; sin embargo, la referencia parece bastante segura y con ello podemos establecer que en un momento determinado el lugar fue ocupado por el hombre, aunque no se pueda fechar este momento con exactitud.

Las mismas características morfológicas de la cueva ayudan a identificar el lugar como un ámbito de carácter místico o al menos religioso. En el fondo de la cueva se contempla una estalactita, cortada, que se eleva en el centro del recinto... Su forma sugiere de inmediato la idea de un ara o altar. El acceso a esta reducida cueva no es fácil; únicamente puede hacerse apoyándose en las paredes de la chimenea. En ella existen rugosidades a modo de asideros, muy patinados, que facilitan el acceso.

Los descubridores de los grabados localizaron en este recinto muestras óseas, al parecer de *myotragus*. Depositados en el Museo de Sabadell no ha sido posible recuperarlos para estudiarlos de nuevo a la luz de los más recientes descubrimientos. Esta revisión hubiese sido esencial, pues el estado de la cuestión hoy día ofrece unas posibilidades que no existían en el momento del hallazgo.

Los grabados del corredor de acceso a la cámara o cúpula final de la cueva son dos representaciones antropomórficas: Cazador corriendo y shamán bailando; un tercer grupo de signos, como ya se ha dicho, es prácticamente indescifrable, pero podría identificarse como un antropomorfo, con ciertas dudas. El resto de la composición lo forman el esquema zoomórfico y una figura triangular.

Como dijimos antes, en el momento del descubrimiento el estado de conocimientos de nuestra prehistoria no admitía la identidad cronológica: *Myotragus - Hombre*. Hoy día las referencias que se han resumido en las páginas anteriores permiten revisar esta situación.

Una vez más es preciso reconocer que los descubrimientos prehistóricos deben presentarse siempre con toda clase de reservas, por cuanto la posibilidad de un error o apreciación indebida existe siempre: un nuevo descubrimiento puede invalidar cualquier teoría prematuramente elaborada. Por ello hemos considerado de interés prestar nueva atención al problema e intentar una posible interpretación de su significado.

Cuando el grabado rupestre fue descubierto, la interpretación de su significado ofrecía dificultades —como se ha dicho— ya que el animal alrededor del cual parecía girar la escena, pertenecía a una especie considerada extinguida antes de la llegada del hombre. Ahora, sin embargo, al tener pruebas de la convivencia entre los humanos y el myotragus, queda eliminado el principal obstáculo que se oponía a la interpretación del grabado. Consta asimismo que el mamífero era, entonces, el único en nuestra Isla, al lado de una serie de roedores Hipnomismos morphaeus, Nesiotites (Hidalgoi) de tamaño muy reducido, y parásitos del anterior. Dentro de la fauna de la época constituiría una presa apetecible, prácticamente la única, para los habitantes de las Islas, los cuales contribuyeron en gran parte a su extinción (Waldren: "Evidence..." página 35). En estas condiciones es muy natural que los cazadores prehistóricos trataran de capturarlo con todos los medios a su alcance, incluyéndose entre ellos los conjuros de caza. Es con este enfoque que tendría que reconsiderarse la escena de la cueva de Betlem, teniendo en cuenta los recursos con que podrían contar los hombres en aquel entonces. Hoy en día, el entendimiento de la escena se hace posible mediante los antecedentes prehistóricos y antropológicos, los cuales nos proporcionarían una tesis que resulta por lo menos plausible.

El empleo de la cueva como refugio de caza y puesto de observación no puede ponerse en duda. Su situación es inmejorable: la entrada se halla a media altura sobre el torrente, al cual acudirían los rumiantes para apagar su sed. Los cazadores agachados en la plataforma de la entrada verían perfectamente a sus presas, mas éstas no se darían cuenta de la presencia ajena. El ángulo del pasillo impide la visión desde el exterior, ni tampoco podían, los animales, descubrir a sus perseguidores mediante el olfato. Indudablemente, para los cazadores, el sitio resultaba ideal.

En lo que se refiere a la escena, ésta puede interpretarse de varias maneras, sin que las diferentes soluciones se opongan entre sí, pudiendo algunas, incluso, subsistir simultáneamente. En conjunto podemos establecer tres posibilidades, las cuales se basan en otros tantos enfoques distintos. Empezaremos por la que más apela a nuestro modo de pensar actual, pero que también tiene menos posibilidades de ser acertada, ya que en contra de ella se levanta un serio obstáculo, como luego veremos. Nos referimos a la tesis que ve en el grabado un mero pasatiempo, destinado a amenizar las largas horas de espera en el interior de la cueva, donde los hombres tenían que mantenerse silenciosos y en incómoda posición a causa de la estrechez del pasillo y del escaso techo sobre la plataforma de observación. Sin embargo, entre los aborígenes australianos, cazadores-recolectores como los europeos preterritos, se da un antecedente que favorece hasta cierto punto esta explicación. En Australia existen algunas sociedades indígenas que conducen todavía en la actualidad una vida primitiva o, por lo menos, durante parte del año, supeditada enteramente a los medios que les proporciona la naturaleza y prácticamente sin contacto con la civilización. Por lo tanto sus condiciones de subsistencia se acercan bastante al ambiente en el que debía transcurrir la vida de los primitivos habitantes de Mallorca, teniendo en cuenta la diferencia de clima, tierra y fauna, claro está.

El modo de vivir de un grupo de australianos fue estudiado entre otros historiadores, por el matrimonio Gould, del Museo de Historia Natural, de Nueva York (Pfeiffer: "L'Émergence de l'Homme", páginas 282 y sigs.) Este matrimonio convivió con una

comunidad de aborígenes del desierto de Gibson, aprendiendo su lenguaje y estudiando sus actividades, incluyéndose en ellas sus procedimientos de caza. Entre éstas se destaca la costumbre que tienen los hombres de esperar a las presas —en este caso canguros— ocultándose en unos refugios, contruídos a propósito mediante ramaje o también aprovechando escondrijos naturales, como abrigos, rocas... Por lo general los cazadores aguardan en las inmediaciones de alguna provisión de agua, ya sean hoyos o, también, fondos de barrancos angostos. Como se ve, la situación es similar a la de la cueva de Betlem.

Puede suceder que mientras dure la espera los cazadores tracen con ocre algún dibujo sobre la pared rocosa, generalmente representando animales, acompañados a veces por las pistas que éstos suelen dejar en la arena. Según Richard Gould, el motivo es una especie de magia de caza de caracteres poco acusados, la cual tiene la finalidad general de atraer a los animales hacia el lugar de la captura. Muchas veces, sin embargo, los dibujos se efectúan principalmente con el fin de hacer más soportable la larga espera, sirviendo al mismo tiempo de entretenimiento y diversión (Pfeiffer, loc. cit., pág. 290). De todos modos ambas explicaciones no están reñidas entre sí, sino que más bien se complementan. Si el estímulo primero es una intención de conjuro, ello no excluye que la ejecución de los dibujos pueda ser placentera también. Sería tentador atribuir los mismos propósitos igualmente a los hombres escondidos en Betlem. Pero es imposible que la escena se haya efectuado durante la espera de los animales, ya que los signos en la cueva no están pintados, sino grabados, y esta técnica no es silenciosa; el ruido hubiese puesto sobre aviso a los rumiantes cuando ellos acudieron al abrevadero, revelándoles la presencia humana. Por esta razón hemos de descartar el motivo del pasatiempo, aunque el propósito mágico siga en pie.

En el caso de los aborígenes australianos el significado de sus pinturas parece evidente, representando lo que se pretende cazar al lado de su impronta, la cual no solo forma parte de su personalidad, sino que, además, marca asimismo la acción del movimiento, supuestamente en dirección a un lugar donde el cazador logre alcanzarlo. Podemos interpretar, por lo tanto, a estos dibujos como expresión del deseo que domina a sus autores, mientras que estén esperando la llegada del canguro, convocado por medio de un reclamo simbólico. Que además los entretenga, ya no entra en la interpretación de su significado.

En cambio, la situación en Betlem es mucho más compleja, mas no por ella deja de representar un conjuro de caza y, como el australiano, también puede interpretarse de modo semejante. La presa anhelada por los cazadores es el myotragus, y pese a la estilización lineal de la figura —la cual demuestra una notable capacidad de abstracción por parte del artista— el parecido con el modelo original es inconfundible. Basta comparar el dibujo con un cráneo de myotragus contemplado de perfil: la forma de la cabeza, su inclinación hacia el cuello y el ángulo de inserción de las astas, todo está observado con una precisión casi fotográfica (Véase Lám. 12, en: Waldren.— “Beaker Ware from the Balearic island”), atestigüando una admirable capacidad de visión, de retentiva, de la estructura esencial.

Alrededor del animal se ven algunas personas, una de ellas con un objeto en la



El torrente de Deyá.

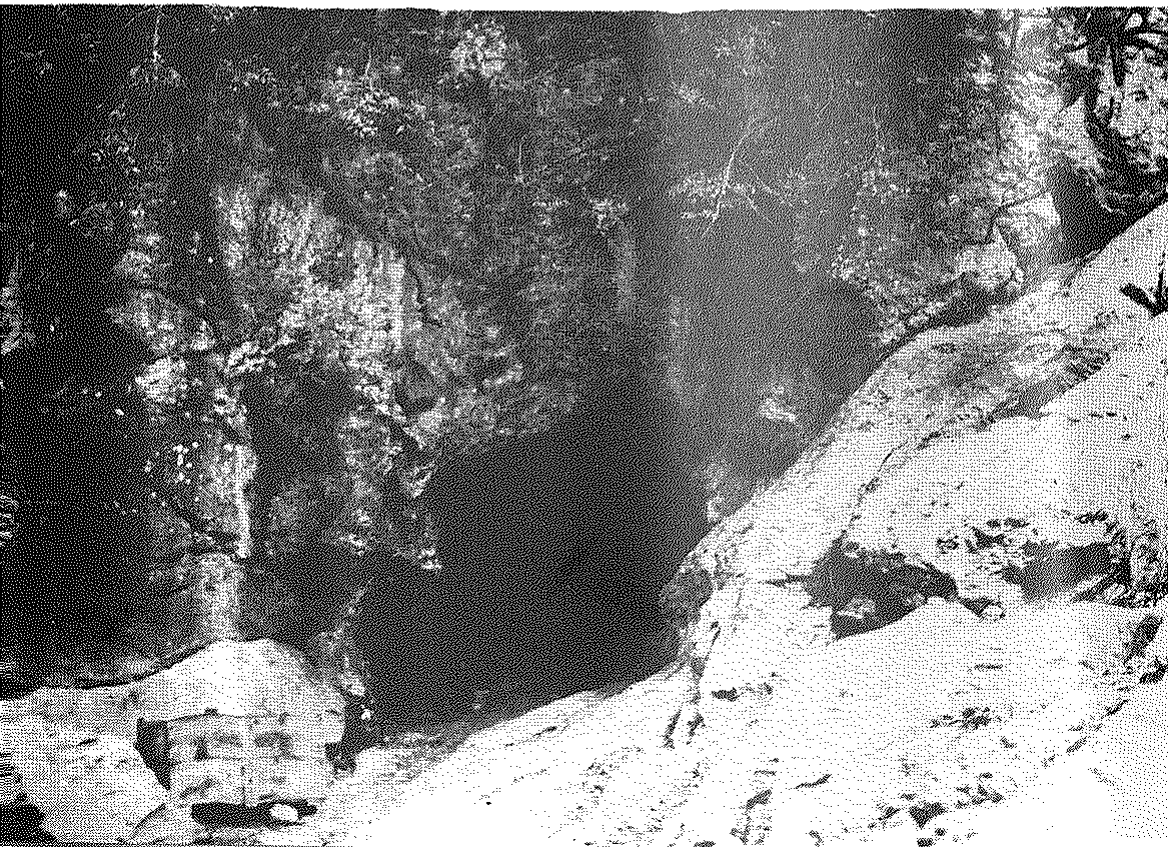
Aspecto general de la zona donde se abre la cueva.

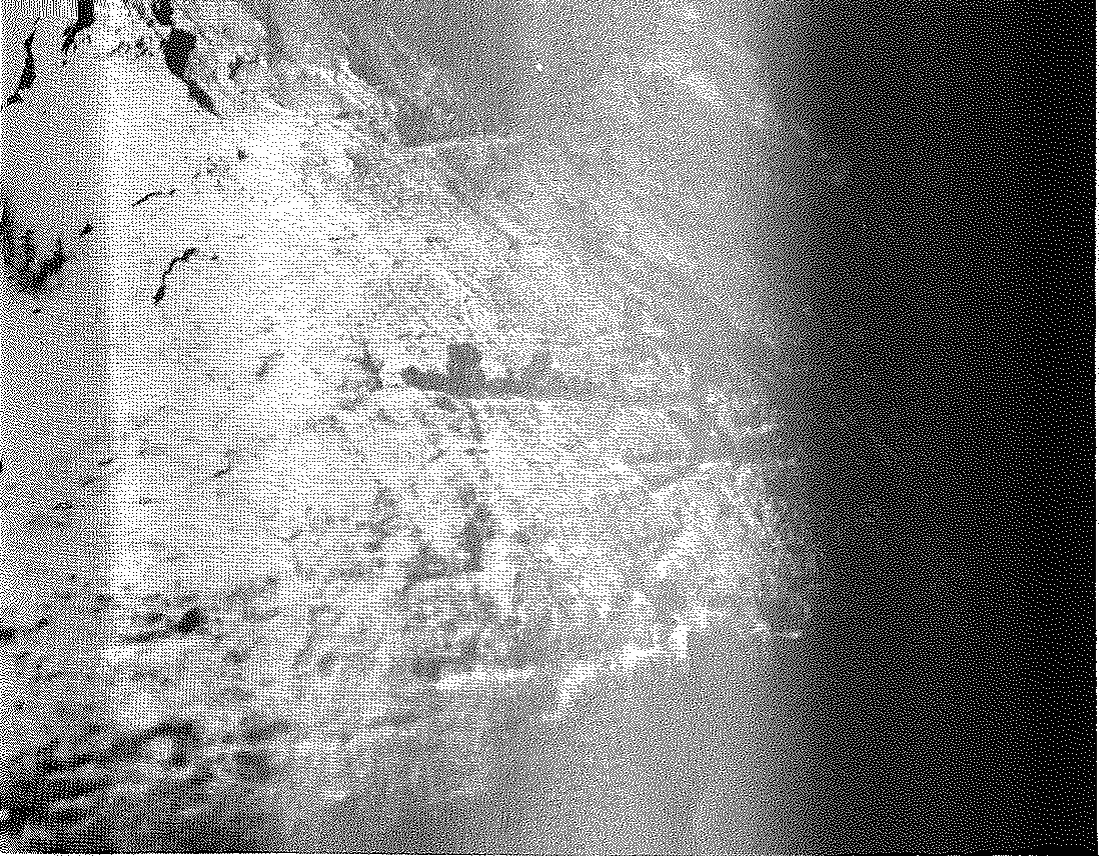




Entrada a la cueva grande de Betlem.

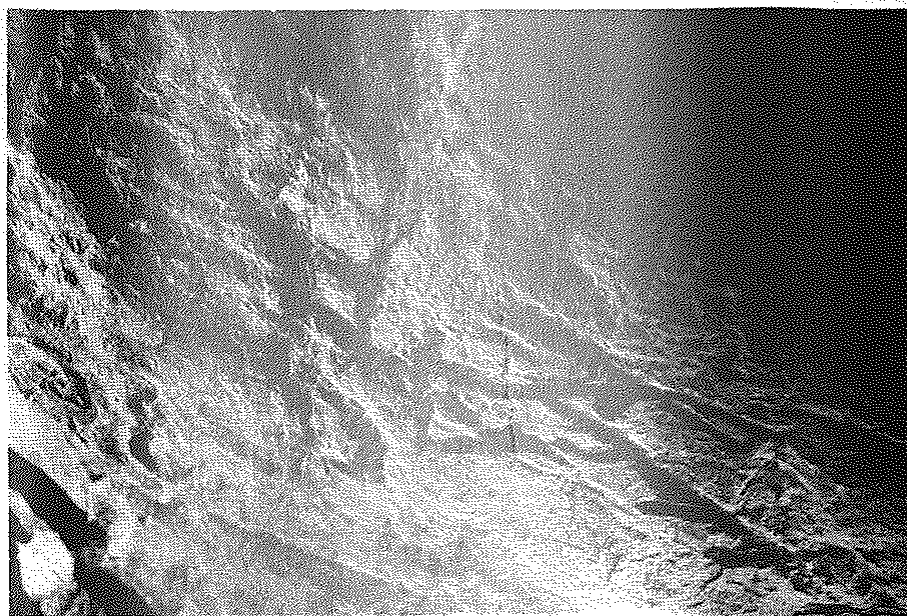
Entrada a la cueva pequeña de Betlem.



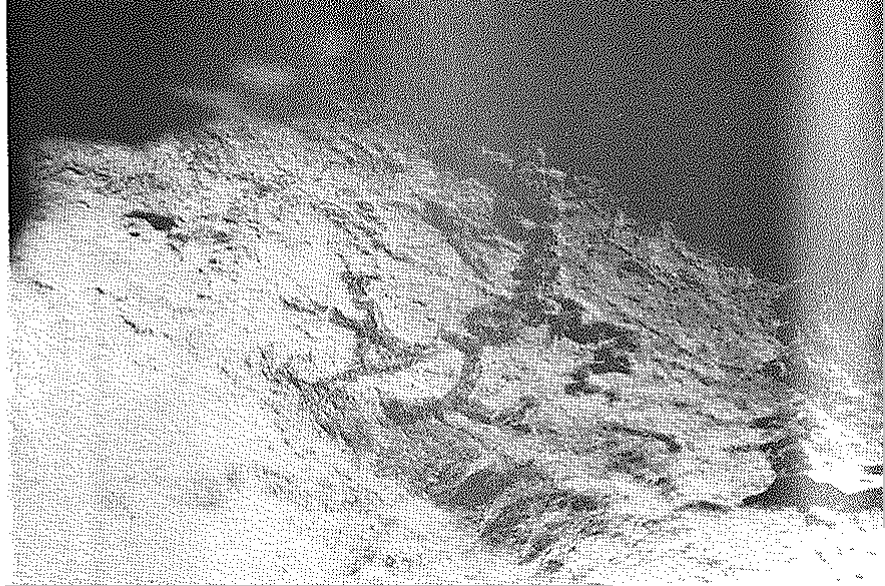


La representación del "myotragus" (?) en posición invertida respecto al visitante.

Posible representación de "myotragus" y cazador.

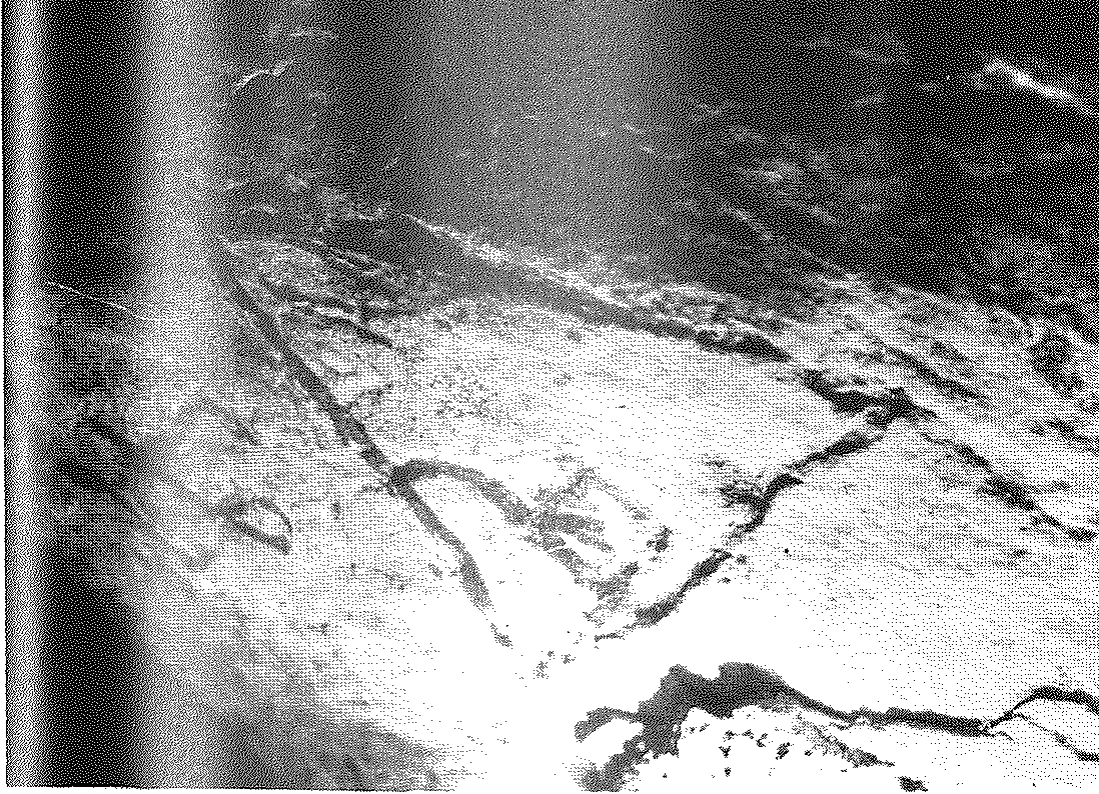


Shamán bailando (2)



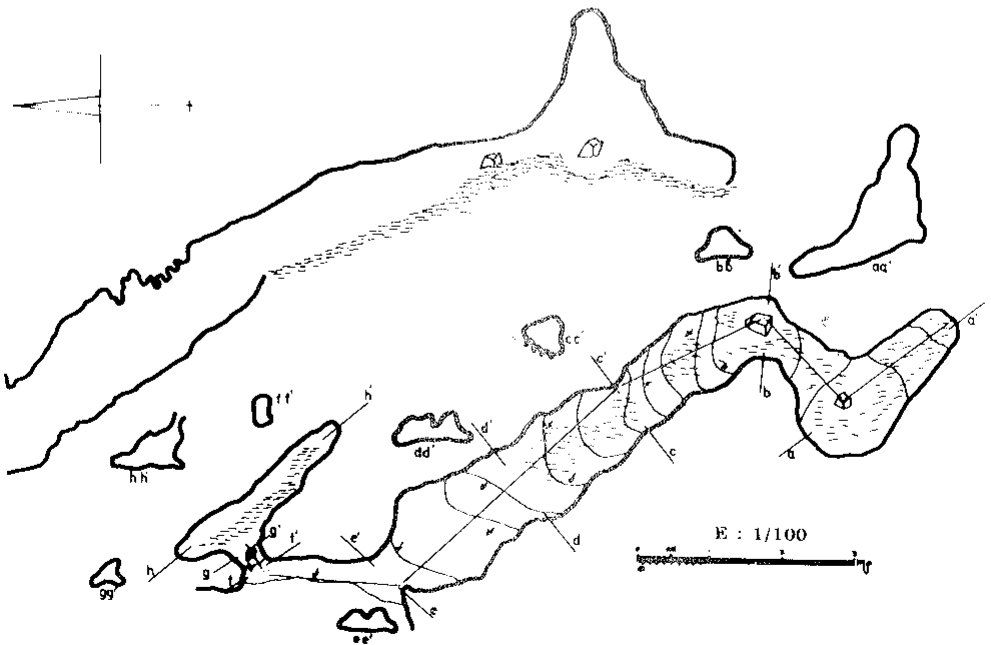
Shamán bailando (3)





Representación del triángulo trampa.

Planta y corte longitudinal de la cueva de Betlem (Planimetría del Speleo Club Mallorca).



mano, no claramente identificable, que podría ser un arco o también una maza (Ripoll y Rosselló-Bordoy.— “Los grabados rupestres...”, Pág. 262, Figs. 1 y 2). De todas formas el arma caracteriza a la figura como un cazador; otro personaje, trazado con incisiones más gruesas, las que le confieren una cierta corporeidad, representa un hombre con los brazos levantados en alto y tal vez algo inclinado hacia delante, mientras que sus piernas asumen una posición como si fuera a saltar. Tiene la cabeza deformada y el perfil parece sugerir una máscara, acaso la de un animal, aunque aparentemente no astado, ya que la careta no lleva cuernos. Mas éstos podrían ser sustituidos por la posición de los brazos, tal como los expresaría un mimo en un escenario moderno. La figura es además itifálica, detalle de importancia considerable del cual nos ocuparemos más adelante. Dadas las características que acabamos de relatar y el relieve que el artista ha dado a esta figura, es posible que se trate de un shamán quien en una danza ritual imita por medio del disfraz y la pantomina los movimientos del myotragus al cual los cazadores desean capturar. Del resto, también el otro hombre que lleva el arma se encuentra en una posición que sugiere una danza y su cubrecabezas se parece a la máscara del shamán principal.

El baile ritual con simulacro del acontecimiento cuya realización posterior se está preparando con este recurso tiene antecedentes, tanto por parte antropológica como también en la pintura rupestre. Escogeremos para la comparación a esta última, concretamente la escena representada en una cueva del Levante peninsular: la “Cova del Civil”, en la provincia de Castellón, en la cual se puede ver una danza de arqueros completamente armados. Algunos de los personajes inician visiblemente pasos de baile, viéndose un arquero con un pie en el suelo, mientras que levanta la otra pierna doblándola en la rodilla en ángulo recto y asumiendo una posición casi idéntica a la del hechicero de Betlem (Esteve Gálvez.— “Probable significado de unas figuras...”. Pág. 7, Figs. 2,2), aunque el referido autor interpreta la pintura como escena de guerra o simulacro de ella. También en este caso puede pensarse en la preparación de una caza, mucho más corrientes en aquellos tiempos que los encuentros hostiles.

Del resto, las ceremonias de caza ya pueden observarse en los animales superiores, como, por ejemplo, entre los perros salvajes, los cuales inician sus cacerías con una especie de “juegos de entrenamiento”, consistiendo estos preludios en correrías y persecuciones que poco a poco se vuelven siempre más violentas, hasta que los canes llegan a un estado de gran tensión, el cual precede inmediatamente a la caza verdadera (Pfeiffer, *ob. cit.*, Pág. 247)... Se entiende que en la cueva castellanense la presa debía ser más importante y más peligrosa que en la de Mallorca, como indica el crecido número de participantes, no tratándose allí de un animal tan insignificante y pequeño como el myotragus baleáricus. Pero todavía hay otro elemento en la cueva de Betlem que encaja perfectamente en el contexto de una escena de caza, como en seguida veremos. Uno de los signos es un gran triángulo que lleva un compartimento en el interior, inscrito en una de sus esquinas. Al principio se creyó que podría representar una cabaña, mas ahora que queda confirmada la presencia del myotragus en una zona cercana su explicación como trampa parece aceptable y ello por la siguiente razón: en las sociedades de cazadores los animales pequeños suelen cogerse mediante este procedimiento, más eficaz —y más económico— que la captura por medio de armas. El myotragus es de tamaño tan reducido que esta técnica realmente se impone.

Dibujos interpretados como artificios de caza aparecen a veces en las pinturas rupestres, ya que algunos de los "signos tectiformes" así han sido explicados (Ucko Rosenfeld.— "Peleolithic Cave Art", Pág. 132). Un antecedente aún más significativo puede apreciarse entre los indios Algonquinos (entre América del Norte y Canadá). Una de sus tribus construye trampas por medio de troncos, levantados en forma de techo de dos vertientes que se apoyan contra una larga pieza central, artificio que se derrumba sobre la presa, aprisionándola, cuando ésta, al entrar roza un resorte que hace caer el tronco o columna del medio (Kühn.— "Erwachen und Aufstieg", Pág. 111, Fig. 9). Esta trampa, vista en sección se reduce a una figura triangular, y en el dibujo de la cueva de Betlem se reconoce incluso el resorte, colocado en el lado inferior. Tal como está representada la trampa, así como los hombres y el myotragus que está junto a ellos, hace resaltar una vez más la acertada esquematización de las figuras que nunca pierden el contacto con la realidad.

Lo mismo podemos decir de otro detalle, hasta ahora no mencionado y que también juega un papel en el significado de la escena. El myotragus, verdadero centro de ella, está grabado a la inversa, es decir: con el dorso o lomo hacia abajo y las patas hacia arriba. Visto así parece un animal muerto y caído sobre un lado, en medio de las figuras humanas que rezuman todas ellas vida y movimiento. Se trata de un recurso conocido también de otras culturas, como, por ejemplo, en el arte africano y que pretende explicar que el animal se ha quedado inanimado (Lhote.— "Tasili", Pág. 24, Lám. III).

En conjunto podemos decir que parece como si también en esta cueva de Betlem los cazadores pretendieron representar una magia de caza, en la que el hechicero con su técnica de conjuro (baile con disfraz con intención del reclamo) procuraba dirigir la presa hacia el sitio donde luego sería capturada. En lo que se refiere a la pantomima, el brujo actuaría tal como lo siguen haciendo sus congéneres modernos, los shamanes en los pueblos actuales, entre los cuales se conservan todavía estos procedimientos. Tales ceremonias se hallan descritas en las obras antropológicas (La Barre.— "The Ghost Dance", Págs. 142, 388 y otras), como asimismo se pueden observar directamente en los documentales científicos rodados expresamente para dar a conocer estos procedimientos (T.E.V.— "Chamanismo en Java").

Por plausible que parezca una interpretación que ve en el grabado un conjuro de caza, no resulta enteramente satisfactoria, ya que existen en la cueva, que estudiamos, o relacionados con ella, algunos factores que sobrepasan el marco limitado de una simple función mágica, aunque ésta se repita una y otra vez en cuantas ocasiones los hombres la estimaron conveniente. Hemos visto que la técnica del grabado que empleara el artista, ya demuestra una esquematización notablemente avanzada, y la aparición de algunos símbolos, como el triángulo y el brujo itifábico, sugiere la posibilidad de que en el transcurso del tiempo el simple refugio de caza se transformara en un santuario rupestre. Si ello fuera cierto, aquel acontecimiento debería situarse en una época en la que el myotragus, de suma importancia para aquella sociedad arcaica, empezó a escasear, y los cazadores trataran nuevamente de obtener reservas del mamífero. En tal caso podríamos hallarnos ante un centro de culto, visitado por las agrupaciones humanas, las cuales acampaban, como ahora se sabe, en zonas no demasiado lejanas: sea en la región de

Valldemosa (Son Matge), como también en los alrededores de Sóller (Son Muleta) (Rosselló-Bordoy.— “La Prehistoria en Mallorca”, Pág. 117). Desde ambos lugares los trayectos no son largos, ya viniendo por tierra (Valldemosa) o acercándose por vía marítima en canoas (Sóller)... Cuando los indígenas australianos, en sus peregrinaciones, visitan los lugares sagrados de sus antepasados, acostumbran viajar, durante días enteros, y desde los citados habitats en Mallorca, las distancias se miden tan sólo por horas (Dasen.— “The influence of Ecology”, Pág. 386).

El lugar donde está situada la cueva de Bethlem no es de acceso demasiado fácil, aunque probablemente no resultara tampoco difícil para los cazadores prehistóricos; mas una vez dentro, la escena queda invisible, a menos que se disponga de algún medio de iluminación, como, por ejemplo, toscos candiles de piedra o barro, alimentados mediante grasa animal. A su incierta luz las figuras cobrarían vida y el chamán empezaría realmente a bailar o, por lo menos así lo pareciera a los asistentes (Giédion.— “The Beginnings of Art”, Pág. 528).

En cuanto a los símbolos que resaltan en el grabado, podemos decir que el triángulo, además de su probable valor pictográfico de trampa, representa también un ideograma, el cual en ciertas culturas arcaicas expresa el principio femenino y constituye simultáneamente también un símbolo lunar. El uno no excluye al otro, porque parece ser que en tiempos muy tempranos ambos se fundieron, llegando a ocupar la Luna el puesto de un poder superior femenino, creador y protector de todos los animales. Parece ser que esta creencia es el resultado de factores biológicos los cuales dirigen la conducta de los animales, la que a su vez fue observada por el cazador prehistórico.

La influencia de la Luna sobre la vida de plantas y animales no está todavía aclarada y tan sólo mencionaremos aquí algunos datos ya comprobados científicamente.

Existen diferentes organismos marinos cuyos ciclos de reproducción se ajustan exactamente a determinadas fases lunares (Bünning.— “Die Physiologische Uhr”, Págs. 111 y sigs.). Su conocimiento proporciona a los hombres el suministro de un rico y sabroso alimento que además es fácil de capturar. Se observa también una dependencia lunar en la visión de algunos animales en los cuales su luz aumenta la sensibilidad hacia ciertos colores y disminuye su agudeza frente a otros. Estas reacciones no son constantes, sino que varían según las fases lunares (Lang y Kürig.— “Farbempfindlichkeit”). Está por ver hasta qué punto ello influya en su comportamiento, mas es muy probable que los cazadores arcaicos —quienes en las regiones costeras eran también pescadores— se hayan dado cuenta de todas las particularidades en la conducta de los animales, los cuales formaban su mundo. Hemos dejado como última la relación significativa que asocia los ciclos reproductivos de la mujer al curso de las fases lunares y que el hombre arcaico no podía ignorar (Marshak.— “Exploring the Mind”, Pág. 82 y sigs.). Que luego estableciera una relación “causa y efecto” y la tradujera en imagen verbal y ésta en símbolo lineal o pictórico, no es más que el resultado de una actividad mental normal y corriente.

El hombre arcaico sólo reconoce tres fases lunares, ya que la Luna Nueva constituye para él la muerte de la Vieja y el nacimiento de un astro que la reemplaza. Por este motivo el triángulo isósceles con sus tres puntas puede adquirir el valor de un símbolo lunar (König.— “Am Anfang der Kultur”, Pág. 146). Se conserva con este significado

incluso en culturas tan evolucionadas como las de Egipto y de Asia Menor, donde la mancha blanca vagamente triangular en la frente del Buey Apis, y del toro lunar mesopotámico, siguen ostentando este mismo valor (König, ob. cit., Pág. 158 y sigs.). En cuanto al principio femenino, puede verse en forma de triángulo púbico sobre la silueta de una mujer en la cueva de La Madeleine (Leroi-Gourhan.— "Prehistoria del Arte Occidental", Pág. 83, Fig. 453, y Pág. 260), así como también, suelto o asociado, con animales en numerosas cavernas (König, ob. cit., Pág. 156 y sigs.).

En el cuarto milenio antes de J.C., encontramos el triángulo como tatuaje púbico en estatuillas funerarias de marfil en la cultura egípcia de Badari (Woldering.— "Egipto", Figs. 1 y 3, Págs. 19 y 20) y también en Mesopotamia (Woolley.— "Mesopotamia y Asia Anterior", Fig. 5, Pág. 41); y la costumbre arcaica apunta asimismo en algunas poblaciones modernas. Los antropólogos la señalan en las islas micronesias Palau, donde, hasta hace poco tiempo, las muchachas, en cuanto alcanzaron la madurez, se sometieron al tatuaje del triángulo púbico (Puccini.— "Treccani", Vol. 22, Pág. 331). Era un distintivo de su nuevo estado, pero cumplía además una función apotrópea; y no es de excluir de que en el grabado de la cueva de Betlem haya cumplido asimismo esta función protectora, al lado de —y conjuntamente con— todas las demás atribuciones.

Como último elemento podemos señalar la presencia del principio masculino relacionado con el chamán. La aparición de los hombres itifálicos no es rara en el arte parietal, así como tampoco la del órgano sólo en el mobiliario paleolítico y postpaleolítico. Un amplio resumen de los varios hallazgos puede hallarse en la obra de La Barre: "The Ghost Dance" (Págs. 397, 411 y 425). Generalmente se les interpreta como símbolos de la fecundidad; y una de las funciones que incumbe al chamán es precisamente la de asegurar que la caza no se agote. En este sentido, y tratándose de animales que probablemente ya no abundaban, el simbolismo de la cueva de Betlem parece evidente.

Mas esta interpretación se limita tan sólo al valor pictográfico de los signos y a su lado existe también otro significado tan pronto se considera la posibilidad de que ya estamos aquí ante ideogramas. Notamos que en algunos lugares la misma combinación de imágenes, a saber, principio femenino y masculino en su conjunto, se utiliza también para asegurar la abundancia de materias inanimadas, como sucede, por ejemplo, en la mina inglesa de Grimes Graves, en Norfolk. En ella, en un lugar en el que se agotaron los nódulos de sílex, los mineros levantaron un altar de piedras, colocadas de modo que formaran un triángulo. Frente a esta construcción había una escultura femenina de piedra caliza, obesa y embarazada, la cual tenía a su lado un falo, esculpido en la misma materia. A sus pies se veía una pila de picas, hechas de asta de ciervo, una materia corrientemente usada desde tiempos arcaicos (James.— "Las religiones del hombre prehistórico", Pág. 299; Hawkes.— "Prehistoric Britain", Pág. 53 y sigs., y Piggott.— "Neolithic cultures.", Pág. 42 y Lám. IV).

Pese a la triplicidad de los signos en Grimes Graves: falo, mujer embarazada y altar triangular, cualquier alusión sexual tiene que excluirse. Los mineros neolíticos deseaban encontrar tan sólo una nueva veta de sílex, ya que la vieja había quedado "estéril"... Nótese aquí nosotros utilizamos también una voz originariamente relacionada con la

fertilidad y ahora empleada en sentido figurativo... En Grimes Graves, como en muchas partes del mundo prehistórico, los signos aparentemente sexuales se han destacado de su valor primitivo por “desplazamiento” (Goustard.— “Los monos antropoides”, Pág. 11), transformándose en calificativos abstractos por vía de metáfora (Diamond.— “Historia y orígenes del lenguaje”, Págs. 228 y otras).

Los mineros británicos, queriendo dirigirse a las fuerzas superiores —acaso la diosa-madre arcaica, como parece indicar la estatuilla obesa —para que les concediera un hallazgo importante de sílex, empezarían sus ruegos por la ofrenda ritual en un altar levantado a propósito, tal como se inician hoy en día las ceremonias celebradas por los chamanes. En todos los tiempos, el sacrificio fue siempre de rigor si se descaba obtener algo de la deidad. Lo mismo sucedería en “Sa Cova de Betlem”, ya que existe un lugar apropiado para las ofrendas en el recinto inferior de la cueva donde se halla la estalactita cortada a modo de mesa, probablemente hecho aposta para colocar sobre ella los donativos.

Vista en este contexto la escena de la plataforma representaría un recordatorio, una especie de texto, compuesto de ideogramas, los cuales fijaron una vez para todas el rito que tenía que seguirse para implorar la benevolencia de los poderes superiores (Leroi-Gourhan.— “Le geste et la parole”, Vol. I, Págs. 270 y 319). Como el grabado incluye, al parecer, un símbolo lunar y se centra alrededor de un myotragus, podemos suponer que la deidad —si ya se hubiese formado este concepto— era la Luna, antiquísimo ídolo cuyo recuerdo se conserva en muchísimas culturas. Divinidades lunares que protegían la caza subsisten todavía en la mitología clásica, como, por ejemplo: la Diana Cazadora romana, la Artemisa griega e incluso su predecesora: la Gran Diosa, de Creta, una deidad lunar y al mismo tiempo también dueña de los animales del bosque (Pótnia Théron).

Para terminar esta interpretación añadiremos que existe una cierta probabilidad de que la cueva de Betlem, en una cultura ya algo avanzada, servía a los moradores de la región como santuario rupestre, en el que se celebraron ritos destinados a asegurar la abundancia de caza, tal vez desde el momento en el que el myotragus empezara a escasear. Sería imaginable que durante un largo período la escena grabada fuese precedida por simples dibujos de ocre, tal como lo hacen los aborígenes australianos, constituyendo tan sólo un conjuro de caza, también semejante a las líneas que los bosquimanos trazaran en la arena, cuando imploran del Sol naciente la captura de una gacela (Frobenius.— “Kühn”, ob. cit., Pág. 182). Incluso sería posible que los cultos remotos sobrevivieran a la extinción del myotragus, transformándose el recuerdo de su presencia pretérita en “antepasado” de la tribu, como sucede en las sociedades australianas y africanas, donde tales seres míticos tienen la capacidad de pasar del estado humano al de un animal (Lévy-Bruhl.— “La Mythologie Primitive”, Pág. 45; Pfeiffer.— ob. cit., Pág. 289, e Irvine.— “Contributions of ability”, Pág. 255). La transformación del refugio de caza en santuario fue tal vez facilitada por la atmósfera de misterio que sobrecoge aún hoy día al visitante tan pronto se adentra en el valle del torrente. Al cazador prehistórico este ambiente haría presagiar la presencia de un ser numinoso. La nueva función seguiría subsistiendo todavía en una época en la que del myotragus —antño vivo y compañero

del hombre— tan sólo existiera una memoria borrosa, transformada en animal fabuloso, antecesor mítico de la comunidad.

Los antecedentes antropológicos y la biología nos autorizan a asumir el mismo tipo de reacciones también para los hombres prehistóricos, ya que la naturaleza humana es única y universal, y, en condiciones parecidas, pueden esperarse también conductas similares (Bates.— “Man in Nature”, Págs. 35 y sigs.). Todos los seres humanos nacen con las mismas facultades mentales, siendo su ambiente material y la evolución cultural de su grupo los que deciden cuáles de ellas son favorables para la supervivencia y podrán desarrollarse, y cuáles no resultan idóneas y no deben admitirse (Lévy-Strauss in Cazeneuve.— “La mentalité archaïque”, Pág. 165. También autores en *Culture and Cognition in Cross-Cultural Psychology*).

Hemos visto que en “Sa Cova de Betlem” caben varias posibilidades, mas tampoco era de esperar una solución única e inequívoca, cual si se tratara de una fórmula matemática o química. El grabado se compone de símbolos y éstos siempre son de valor múltiple o “polivalente”, como los definen algunos lingüistas (Jucquois. —Phonétique. Comparée”, Pág. 8). En cada caso adquieren su verdadera significación del contexto al que pertenecen, tanto si se trata de palabras fugaces como también cuando éstas se hallan fijadas en signos permanentes ya sean inscripciones o pictogramas, dibujos o tallas, comprendidos los “textos”, los cuales, a guisa de recordatorios de ritos, nos legaron nuestros antepasados pretéritos. Acaso en Betlem, después de transformarse en santuario, se venerara una precursora de la Gran Madre Mediterránea, como todas ellas lunar y dueña de los animales salvajes. Esta es la interpretación más completa que podemos ofrecer en el momento actual de las Ciencias, en cuanto existían datos antropológicos, biológicos y, también, hallazgos arqueológicos que la apoyan. El Futuro dirá hasta qué punto nuestra tesis seguirá sosteniéndose.

BIBLIOGRAFIA

- ALCOVER, Miguel: *El hombre primitivo en Mallorca*, Palma 1941-42.
- BATES, Marston: *Man in Nature - Foundations of Modern Biology Series* - Englewood Cliffs, Prentice Hall Inc., 1964.
- BUNNING, Erwin: *Die Psychologische Uhr-Zeitmessung in Organismen mit ungefähr tagesperiodischen Schwingungen* - Berlin, Göttingen, Heidelberg, Springer Verlag, 1963.
- CAZENEUVE, Jean: *La Mentalité Archaique*; Paris, Armand Colin, 1961.
- DASEN, P. R.: *The Influence of Ecology, Culture and European contact on cognitive development in Australian aborigines, en Culture and Cognition*. - Readings in Cross-Cultural Psychology - Berry and Dasen. London, Methuen and Co., 1974; páginas 381 y siguientes.
- DIAMOND A. S.: *Historia y orígenes del Lenguaje* - Madrid, Alianza Ed., 1974.
- ESTEVE GALVEZ Francisco: *Probable significado de unas pinturas rupestres del Maestrazgo* - Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense - Castellón de la Plana, 1974 (Págs. 9 y sigs.)
- FERNANDEZ MIRANDA, Manuel y WALDREN, William H.: *El abrigo de Son Matge (Valldemosa) y la periodización de la Prehistoria mallorquina mediante los análisis de carbono* - 14 en Trabajos de Prehistoria 31(1974) Págs. 297 - 304.
- GOUSTARD, Michel: *Los monos antropoides* - "¿Qué sé?" Núm. 33, Oikos Tau. - Vilasar de Mar (Barcelona), 1971.
- GIEDION, S.: *The Eternal Present: The Beginnings of Art* - Böllingen Series XXXV, 6,1 - Pantheon, Washington, 1962
- HAWKES, Christopher and Jacqueline: *Prehistoric Britain* - Pelikan Book A. 115 - Penguin Books, 1952.
- HRVINE, S. H.: *Contributions of Ability and Attainment Testing in Africa to a General Theory of Intellect, in Culture and Cognition* - Readings in Cross-Cultural Psychology, Pág. 247.
- JAMES, E. O.: *La religión del hombre prehistórico* - Punto Omega, 158 - Madrid, Guadarrama, 1973.
- JUCQUOIS, Guy: *Phonétique Comparée des dialectes Moyen-Babyloniens du Nord et de l'Ouest* - Louvain, Institut Orientaliste, 1966.
- KONIG, Marie E. P.: *Am Anfang der Kultur. Die Zeichensprache des Frühen Menschens* - Berlin, Gebr. Mann, 1973.
- KUHN, Herbert: *Erwachen und Aufstieg der Menschheit* - Frankfurt und Hamburg, Fischer Verlag, 1966.
- LANG, Hans-Jürgen und KURIG, Annemarie: *Abhängigkeit des Farbensehens von der Bodennunruhe* - Umschau 72, Núm. 12, Pág. 391 (1972).
- LA BARRE, Weston: *The Ghost Dance, Origins of Religion* - London, George Allen and Unwin Ltd., 1970.
- LHOTE, Henri: *Hacia el descubrimiento de los frescos del Tasili* - Barcelona, Destino, 1961.
- LEROY-GOURHAN, André: *Le Geste et la Parole* Vol. I: Technique et Langage - Paris, Albin Michel, 1964.
- LEROY-GOURHAN, André: *Prehistoria del Arte Occidental* - Barcelona, Gustavo Gili, 1968.
- LEVY-BRUHL, Lucien: *La Mythologie Primitive* - Paris, Presses Universitaires de France (1963).
- LLITERAS, L. y ROSSELLO-BORDOY, G.: *Los manuscritos de prehistoria del Seminario Conciliar de San Pedro de Mallorca* en B.S.A.I. 31 (1958 - 1959) pp. 555 - 571.
- MARSHAK, Alexander: *Exploring the Mind of Ice Age Man* - National Geographic, Vol. 147, Núm. 1 - Enero, 1975, Págs. 62 y sigs.
- PFEIFFER, John E.: *L'Emergence de l'Homme* - Paris, Denoël, 1972.
- PIGGOTT, Stuart: *Neolithic Cultures of the British Isles* - Cambridge University Press, 1954.
- RIPOLL PERELLO, Eduardo, y ROSSELLO-BORDOY, Guillermo: *Los grabados rupestres de "Sa Cova de Betlem"*, en Ampurias XXI, Págs. 260 y sigs. - Barcelona, 1959.

- ROSSELLO-BORDOY, G.: *La Prehistoria de Mallorca, Rectificaciones y nuevos enfoques al problema* --Mayurqa VII, Págs. 115 y sigs. -- Palma de Mallorca, 1972.
- TELEVISION ESPAÑOLA: *Horizontes Humanos: Chamanismo en Java* --U.H.F., 31 de enero de 1975, 20 hs.
- ECKO, Peter J., y ROSENFELD, André: *Paleolithic Cave Art* --London, Weidenfeld and Nicolson, 1967.
- WALDREN, W. H., KÖPPER, J. S. y ROSSELLO-BORDOY, G.: *Análisis de radio-carbono en Mallorca*. -- Deyá (Mallorca), 1970.
- WALDREN William H.: *Beaker ware from the Balearic Island of Mallorca* --Deyá (Mallorca), 1970.
- WALDREN William H.: *Evidence of the extinction of the Myotragus Balearicus, en Prehistoria y Arqueología de las Islas Baleares* --VI Symposium de Prehistoria Peninsular, Págs. 31 y sigs. -- Palma de Mallorca, 1972 --Barcelona, 1974.
- WALDREN William H., y ROSSELLO-BORDOY, G.: *Excavaciones en la Cueva de Muleta*. En prensa, en N.A.H.
- WOLDERING, Irmgard: *Egipto, Arte de los Pueblos* --Barcelona, Praxis y Seix y Barral, 1964.
- WOOLLEY Leonard: *Mesopotamia y Asia Anterior* --Arte de los Pueblos --Barcelona, Praxis y Seix Barral, 1963.